

ct

Caballo negro sobre fondo negro

de
Francisco Javier Suárez Lema

(fragmento)

(...)

ZETA

Es profesor de filosofía en una academia. Dice que las conversaciones que tiene con la gente de su entorno son mediocres.

YGRIEGA

La mediocridad. Tres cuartas partes de un ser humano estándar están compuestas de mediocridad.

ZETA

Diecisiete.

YGRIEGA

Diecisiete estaciones mediocrementemente decoradas. Con cientos de mediocres caras y cuerpos. (Pausa)
¿Quién es para ti? ¿El hombre que se desvía de la media? No sabemos en qué dirección.

(EQUIS se sienta en el suelo y busca una postura cómoda para escuchar, con la oreja pegada a la pared).

ZETA

¿Su filósofo favorito?

YGRIEGA

¡No me lo digas! ¡Sócrates!

ZETA

Casi. Pero no. Descartes.

YGRIEGA

¡Cómo no!

ZETA

Estuvo muy cómodo en la cena. Dice que fuimos muy agradables. Luego se volvió en metro.

YGRIEGA

Va a resultar que es un estoico. Un hombre con altos umbrales para soportar la humillación.

ZETA

Al menos no se sintió amenazado por tu insistencia. Con lo del carro alado. Un poco pesadita.

YGRIEGA

No sabía de qué le estaba hablando. Tú me dijiste que podía tantearlo. Fue lo que hice. Y me temo que no sabía qué le estaba insinuando. Platón. (Pausa). Se quedaba mirando los detalles más insignificantes de la casa.

ZETA

Platón está pasado de moda.

YGRIEGA

Se quedaba mirando las dobleces del mantel. Y las repasaba con el dedo, alisándolas. Se quedaba mirando las burbujas del interior de la copa de cava. Y luego saboreaba el cava como si desentrañase un dilema. El misterio de su mente: Una mente privilegiada para filosofar sobre las gotas de lluvia que recorren una superficie. Ese es el hombre que entró en nuestra casa.

ZETA

Y nos encanta.

YGRIEGA

Nos. Nos encanta. Es verdad. Observar desde la distancia a una persona; observarla como si sobrevolásemos en una avioneta una zona de cuarentena. Sentarlo a nuestra mesa y dejarle utilizar nuestros cubiertos. Como dos antropólogos. Nuestra mirada escéptica e implacable sobre su pulso al tomar la cuchara para sorber la sopa.

ZETA

Mi antropóloga despiadada.

YGRIEGA

Di lo que quieras. A veces me inquieto. Le dejamos entrar en nuestra casa y no lo conocemos de nada. Sólo porque contestó a tu anuncio. Un club de filosofía. Cenas dialécticas. Piénsalo. Solo un marciano respondería a un anuncio de ese tipo.

ZETA

Quiero volver a reunirme con él. El marciano. Sólo una vez más. Si pasa la prueba, adelante. Si no la pasa, si te he visto no me acuerdo. Solo una vez más.

YGRIEGA

El carro alado. Qué más pruebas necesitas.

ZETA

Decídelo tú. Tú decides la prueba.

YGRIEGA

Tengo cosas mejores que hacer.

ZETA

Te encanta. Examínalo. Disecciónalo.

YGRIEGA

Déjame.

ZETA

Tu decidiendo. Que vuelva a entrar en nuestra casa, en nuestras vidas ordenadas y no mediocres.

Está en tus manos.

YGRIEGA

No me hables.

ZETA

Atraviésalo con un alfiler, como a una mariposa.

YGRIEGA

Me inquieta su presencia. Lo vi con una foto nuestra en las manos. Cuando fui a ayudarte a la cocina. Regresé a la sala y él estaba de pie con una foto nuestra en las manos. Le vi mirando cada portarretratos. Los repasaba con el dedo, por los bordes. Con una sonrisa en los labios. Los portarretratos. ¿Ante quién nos encontramos?

ZETA

Ante un hombre fascinado con las formas geométricas. Ponle a prueba. Solo una vez más.

YGRIEGA

Los ángulos de cuarenta y cinco grados. Creo que podría disertar sobre eso si se lo proponemos. (Pausa). ¿Sólo una vez más?

ZETA

Sólo una vez más.

YGRIEGA

Quieres humillarle.

ZETA

Quiero jugar. Verle masticar mientras habla de filósofos del siglo cuarto antes de Cristo. (Imita a alguien masticando y hablando al mismo tiempo) Ah, *Estratón de Lámpsaco*. Gracias a tipos como él sabemos que el aire es algo que nos envuelve y nos rodea. Como el fuego y el agua. Ñam, Ñam. (Pausa. Piensa para sí mismo). Somos sádicos.

YGRIEGA

Lo serás tú.

ZETA

Dijo ella, con voz aflautada de niña meona.

YGRIEGA

(Bebe del tazón. Luego pone voz de niña con timbre aflautado). Lo serás tú. Tú, tú y tú. (Ya con su tesitura de voz). Y no te pases, que yo me orinaba en la cama.

ZETA

Lo sabía. Un pálpito.

YGRIEGA

Me oriné hasta los doce años. Terrible. Eso me distanció del mundo. De mis iguales.

ZETA

Yo también me meaba en la cama. Hasta los doce años. Siempre hemos estado tan... cómo decirlo... hmm... ¡Sincronizados!

YGRIEGA

Sincronizados. (Lo dicen al mismo tiempo).

ZETA

Dos relojes avanzando al mismo tiempo. Al unísono.

YGRIEGA

Sin desfases.

ZETA

Sin desajustes.

YGRIEGA

Dos individuos. Una simultaneidad.

ZETA

(El mira su reloj de muñeca). Treinta y seis, treinta y siete...

YGRIEGA

(ella mira su reloj de muñeca). Treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta...

*ZETA la mira. Sonríe. Se acerca a ella y le pone un dedo en los labios, indicándole que guarde silencio.
(Pausa).*

YGRIEGA

No soy sádica.

ZETA

No lo eres.

YGRIEGA

Si acaso, cínica.

ZETA

Cínica. Que grande eres. (Él ha vuelto al libro. Lo mira de nuevo, lo hojea).

YGRIEGA

De eso irá la prueba.

(...)

X

Antes no le dije cómo murió mi madre. ¿Sabe cómo murió mi madre? No lo sabe, claro que no. Qué pregunta. Discúlpeme pero llevo semanas sin dormir. Dando vueltas de un lado a otro. Mi madre bajó esa misma noche a un cajero. La noche que yo le pedí el dinero. La noche que le prometí que iría a recoger el dinero en persona y que le haría una visita. Bajó a un cajero, cerca de aquí. Y la asaltaron. Le robaron el bolso y la golpearon. Cayó en el suelo y allí se quedó. Junto al cajero. Serían las once de la noche. Por aquí no pasa mucha gente a esas horas. Es un barrio... Es un barrio tranquilo. La enterré. Estuve en el tanatorio toda la noche mirando la corona de flores detrás del cristal. Compré la corona con el dinero que ella... sacó del banco. No pude hacer otra cosa. No pude dejar de mirar la corona de flores junto al féretro. Hasta que un día me llamaron del banco. Me dijeron que fuese. Del banco donde mi madre había ido a sacar dinero esa noche. Y me enseñaron las cintas de grabación de la cámara del cajero. Conté hasta siete personas que pasaron junto a mi madre, magullada en el suelo. Y vimos, allí, sentados en el despacho del director, hasta siete personas distintassacando dinero en el cajero. Mi madre tirada en el suelo. Nadie se acercó. Nadie se agachó. Mi madre estaba viva. Falleció dos horas después, según la autopsia, de un coágulo. Un coágulo. No recuerdo su cara cuando cierro los ojos. Sólo tengo la imagen de su cuerpo en el suelo. En un monitor de quince pulgadas y en blanco y negro. No sé. (Pausa). Acérquese.

(Pausa. W se acerca y toma la foto que le entrega X y la observa de cerca).

Esta mujer, la de la foto, la encontré hoy buscando en internet. Me enteré de su historia por la radio. Por la radio. Así es como me enteré. Hablaban de ella porque su caso se estudia en las universidades. Era un debate. En la radio. La asaltaron y asesinaron en mil novecientos sesenta y cuatro. Tenía veintiocho años. La asesinaron a puñaladas en un callejón. De madrugada en un suburbio en Nueva York. ¿Sabe por qué se estudia en las universidades? Pues porque mientras la apuñalaban, hasta treinta y ocho personas miraban la escena desde las ventanas de sus bloques de viviendas. A pocos metros. Atónitos, pero indiferentes. Qué le parece.

W

No sé. Es... espantoso. (Suelta un suspiro). Espantoso.

X

Los treinta y ocho testigos contemplaban la escena. Vieron, según se supo después, hasta dos ataques distintos de su asesino. Dos rondas distintas de puñaladas. Primero una y luego otra. Y ninguno, nadie, llamó a la policía hasta que fue demasiado tarde. Hoy se habla del síndrome Genovese. Porque ella se llamaba Kitty Genovese.

W

No sé qué decirle.

X

Si uno está ahí, viendo como sucede algo terrible y prefiere mirar para otro lado, lo terrible deja de

ser terrible y se convierte en abominable.

W

Por suerte no todo el mundo...

X

Si yo estuviese dormido, si yo cada noche me quedase dormido, no oiría a esos dos hablar de usted y no hubiese puesto tanto la radio. No hubiese pensado en mi madre al oír hablar de esta mujer y no me hubiese visto obligado, moralmente, porque le aseguro que se trata de una cuestión moral, moralmente a bajar hasta aquí para asaltarle al salir del metro camino de casa de esos dos vanidosos que quieren ponerle a prueba y emplearle como su juguete para adultos una vez al mes. Para sentirse más iluminados todavía por una diadema de intelectualidad que solo ellos ven al mirarse en sus espejos trucados. No sé si me entiende. No se me dan muy bien las metáforas.

W se pasa la mano por la barbilla. Dubitativo. Meditabundo.

X

Procuro no pasar por dónde mi madre fue asaltada y cayó tendida en el suelo.

W

Lo comprendo.

X

Pero una madrugada lo hice. Hace apenas tres días. Cogí mi abrigo y fui hasta allí. Había algo en la acera. Cerca de la farola que se encuentra junto al cajero. Era algo pequeño pero abultaba. Pensé en un gato. O en un perro. Pero estaba inmóvil.

W

¿Cerca de donde su madre cayó?

X

Donde fue golpeada y cayó. En el mismo punto donde estuvo esas dos largas horas, tumbada sin conciencia.

W

¿Inmóvil?

X

Me acerqué lentamente. No había un alma en las calles. Me acerqué hasta allí.

W

Se acercó hasta... allí.

X

Alguien había depositado un ramo de flores blancas. Margaritas blancas.

W

En ese preciso lugar.

X

No pude quedarme allí mucho rato. Me sentía mal.

W

Ya. Comprendo.

X

Volví a pasar por allí hasta los dos días siguientes. La última vez ayer. Y siempre de madrugada. Siempre un ramo de margaritas blancas. Un ramo distinto. Sin una nota. Sin un motivo aparente para nadie. Sólo para quien las deposita allí.

W

¿Cómo sabe que no es el mismo ramo?

X

Lo sé.

W

¿No me dirá que ha contado las margaritas?

X

No. Desde luego. Cada noche el ramo llevaba una lazada diferente. Un nudo diferente.

W

Sí que es usted observador.

X

Lo soy.

(Pausa).

X

Lo suficiente como para darme cuenta de que les había comprado otro regalo. Envuelto en papel de lunares.

W

Sí. Un detalle.

X

¿Dónde compra ese papel de lunares tan divertido?

W

En una tienda, cerca de mi trabajo.

X

¿Está usted casado?

W

Sí.

(W saca un cigarro y lo enciende. Comienza a fumar. Lleva un abrigo largo, hasta los pies. Se ajusta el cuello del abrigo para resguardarse del frío).

X

Es una noche helada. Pronto llegará la nieve.

W

Ya lo creo.

X

¿Tiene usted hijos?

W

Sí. Un niño. De siete años.

X

¿Sabe su mujer que venía esta noche a casa de estos dos...?

W

Sí. Claro. No tendría por qué ocultárselo.

X

¿Qué pensaría su mujer si... si escuchase a esa mujer del sexto izquierda como yo la he escuchado, compadecerse de usted? Del hombre con el que duerme cada noche, el hombre que le ha dado ese hijo de siete años. El hombre que le da seguridad y la protege. Sabe de qué le hablo. Le hablo de algo sutil y desolador. Y, encima, les trae un detalle. Dígame, ¿cómo es que les regaló un libro de una biblioteca universitaria? ¿Con el sello de una biblioteca universitaria? Seguro que... seguro que hay una buena explicación.

W

Mi mujer trabajó allí durante años. Hasta que se planteó dejarlo. Cuando tuvimos el niño. La querían mucho en su trabajo y le dejaron llevarse libros que habían descatalogado. Le dieron un montón de libros. Unos con el sello y otros no. Yo le entregué una lista de los que desearía tener. Ella me los trajo. Esa es la explicación.

X

Esa es una excelente explicación

W

La única explicación. Mi mujer trabajó allí muchos años.

(Pausa).

X

Me encantaría poder ir a esa cena. Y pagarles con su misma moneda. A esos dos engreídos. Hágalo usted. Demuéstreles que los que dan lástima son ellos. Pase esa prueba que le han preparado para esta noche. Mi trabajo está hecho, al haberle informado. (Pausa). Yo me voy a mi casa. Me estoy helando. Creo que vamos en la misma dirección. (Señala hacia la derecha del escenario).

W se queda pensativo. Se pasa la mano por la nuca en gesto vacilante. Luego otra vez por la barbilla. Apura el cigarro, luego lo tira al suelo y lo apaga con la suela del zapato.

W

Me voy a mi casa. En la otra dirección. Voy a cerciorarme de que Tazón no era un filósofo de la antigua Grecia. Ha sido un placer. (Le da la mano).

Quédese con esto. (Le entrega el regalo envuelto en papel de lunares). Es un detalle para usted, por las molestias. Me vuelvo a casa.

X

¿Está usted seguro?

W

Muy seguro.

X

Diecisiete estaciones.

W

Diecisiete.

X

Ah, a propósito, he leído algo sobre eso del carro alado. Se me olvidaba. Hoy. Baje a un cibercafé. Cibercafé. Que palabra más estúpida. Y he leído muchas otras cosas estos días en mi casa. Muchas cosas de filósofos.

W

Ellos sacaron ese tema el día que fui a su casa a cenar. La primera vez. El tema del carro alado. Pensé que me tomaban el pelo.

X

Menudos son esos dos. Querían examinarle. O algo así.

W

Deliberadamente me hice el tonto con el tema. Porque me parecía tan obvio que me preguntasen por... Platón.

X

Deberían haberle preguntado por Tazón, el viejo. El viejo Tazón.

W

(Se ríe). Sí. Sería más desafiante.

X

Son un par de necios.

W

No les juzgo.

X

Alguien debería darles su merecido a esos dos engreídos.

W

El tiempo pone a cada uno en su lugar. ¿No le parece?

X

(Asiente con la cabeza, lentamente. Con una sonrisa). La hermosa justicia poética del tiempo.

W

“Quédate sentado en la orilla del río y verás pasar el cadáver de tu enemigo”.

X

Esperemos que tarde en nevar porque si no el río se helará. Y no podremos ver los cadáveres de nuestros enemigos. Llevados por la corriente.

W

No es fácil que se hiele un río. Quizás un lago, o un pantano. O un estanque. Pero no un río.

X

Podemos estar tranquilos, entonces.

W

Así parece.

X

El carro alado. Habla del alma, ¿verdad? De que el alma viaja en un carro tirado por dos caballos. Uno negro y uno blanco. Y el control del carro es la razón. Algo así, ¿no? Y dice que el caballo negro es díscolo y es difícil de controlar y el caballo blanco es puro y dócil y bello y aspira a elevarse y volar. Algo así, ¿no?

W

Se le acerca bastante. Súbase siempre que pueda al caballo blanco.

X

¿Le tenía cariño a ese libro que les regaló?

W

Era especial. Sí. ¿Por qué?

X

Porque no se le regala algo especial a unos extraños. Por eso.

(Pausa).

W

En eso lleva razón. (W mira al regalo que le ha entregado a X. Le sonríe y se va por donde había venido). Me voy. Buenas noches.

X

Deshágase de su número. De teléfono. Siéntese a esperar, en la orilla.

W asiente con la cabeza. Se despide con un gesto y se va por donde ha venido. Con paso lento y cabizbajo. X se queda mirando por donde se ha ido, hasta verlo desaparecer por la boca del metro. Luego se queda mirando el paquete envuelto en papel de lunares. Se queda muy pensativo. Habla para sí, pensando en voz alta.

X

Súbase siempre al caballo blanco. Siempre que pueda.

Se apagan las luces en escena poco a poco. Mientras, X sale por la derecha del escenario. Cuando ya no esté en escena, las luces se habrán apagado por completo. Se oye el trotar de un caballo que da paso al Acto III.